

DE GRAVEDAD
Y GRACIA

Pedro
Lecanda
Jiménez-Alfaro

GRACIA



ARS  POETICA

DE GRAVEDAD Y GRACIA

Pedro Lecanda Jiménez-Alfaro

DE GRAVEDAD Y GRACIA



ARS  POETICA

Pedro Lecanda Jiménez-Alfaro

DE GRAVEDAD Y GRACIA

Prólogo de ILIA GALÁN

colección
| ARS NOVA |

ARS  POETICA
boutique de poesía

De Gravedad y Gracia
Pedro Lecanda Jiménez-Alfaro

Colección: ARS NOVA
Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2018 Pedro Lecanda Jiménez-Alfaro
© 2018 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: enero, 2018

ISBN (edición impresa): 978-84-948216-3-9
ISBN (edición digital): 978-84-948216-4-6
Depósito Legal: AS 00145-2018

Impreso en España
Impreso por Quares

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ALTURA DE LA GRACIA, DESDE LA GRAVEDAD

Por ILIA GALÁN

No es común en nuestros días hallar jóvenes mentes tan despiertas, cultivadas y con ansias de aprendizaje, con pulsión inagotable, de poderosa pasión, por la lectura y la escritura, como Pedro Lecanda Jiménez-Alfaro, y menos todavía con una profundidad tan admirable que si bien leemos entre sus líneas, también hallar podemos entre sus omisiones.

Con voluntad de penetrar los arcanos del universo y ver sus rumbos por medio de las letras, traspasando la oscuridad con la belleza, el lector hallará en estos poemas, que casi vi nacer y a los que dediqué algún tiempo para comentárselos a su creador, que los iba corrigiendo. Hay talento literario evidente y manifiesto, rico y hondo, por encima de las modas y del comercio de los textos.

Ya la cita inicial, de Simone Weil, nos muestra la dirección que nace en este autor jovencísimo, profundo y osado: «To-

dos los movimientos naturales del alma se rigen por leyes análogas a las de la gravedad física. La única excepción la constituye la gracia.»

La gracia, ese don que nos llega de lo alto, exige agradecimiento y entrega, con su recepción llega también la esperanza, sólo hay que abrirse a ella, mientras que mil momentos del espacio que vivimos o que nos mata nos arrojan con su gravedad a los abismos, por eso Lecanda no teme arrojarse cual profeta romántico a la admonición, para dejar los terrenos de la amargura, en que tanto tienden a caer nuestras perdidas juventudes en este frágil hoy. De hecho, habla recogiendo, sin ambages ni falsas humildades, titánico, la voz general de la humanidad desde su propia entraña, también mitológica, es decir, trascendente y poética:

AL LECTOR

«A ti, que conociste la derrota
y el desbordante sabor de la gloria,
estos versos que no son sólo míos,
sino de todos los muertos y vivos:
esta mitología personal
que hacia tus manos va, buscando asilo.»

Y todo parte del convencimiento de que la gracia no puede anularse, es un don divino que penetra nuestra mortal existencia y, por tanto, pese a los cardos o abrojos, pese a todo lo que moleste nuestros pasos, prescinde de glorias pasajeras, como se ve en *Imposibilidad de la nula Gracia*, poema que nos lee:

«Me arrojaron a la vida
entre abrojos y retamas»

para luego hallar algo más adelante la misma queja rebelándose ante tanta queja:

«¿siempre la miseria sedentaria,
siempre la gloria transeúnte?»

Y es que este páramo ha de volver a ser paraíso en su mirada fecundante, por haber sido fecundado, ya que su raíz es el Infinito:

«Criador de vida,
y nunca cesa su encanto
pues tiene las raíces
dormidas junto al río
de lo Eterno.»

Allí donde el encanto emerge con cada horizonte, ya que lo limitado nunca satisface a un alma noble.

Hay miserias, sin embargo, en cada vida y en el general vivir que nos rodea y no pueden quedar de lado sino redimidas; aunque parecen metáforas atrevidas nos desvelan el desgarramiento que sufre el corazón místico de la paloma, de tantas resonancias en el imaginario cristiano, desde el bautismo de Cristo a la aparición del Santo Espíritu:

«pero el océano de serrín,
cascada de huesos,
aplasta la música
y devora el corazón
de la paloma.»

Y la queja estalla, joven, impetuosa, impaciente, pues se requiere a la Divinidad para que aparezca y diga, aunque haya sido ignorada o desdeñada por nosotros, golpeada por nuestras faltas de amor y de ahí la imagen atroz que emerge como lo asqueroso para adquirir la gracia desde un arrebato amoroso:

«¡Dios por nuestras faltas golpeado,
prefiero tu castigo a tu ignorancia!

Pues sólo un salivazo tuyo
bastará para sanarme.»

El poeta sufre su noche oscura del alma, como cualquier espíritu sensible que busca la Luz en el mundo, tantas veces apagado en nosotros, en lo que miramos alrededor, y por ello parece adentrarse en un túnel apenas iluminado por alguna bombilla, como cuando cae, desciende a la Villa y Corte que le acoge, fría, entre los vacíos, aunque resuenan gestas de héroes, pues la épica, hoy tan perdida y olvidada, está inmersa en las venas de este joven poeta, no ya un Quijote,

sino un caballero de honor que lucha en el terreno del sentido, buscando al Amor:

Descenso a Madrid:

«¡Voy engullido por la noche,
que me niega el fulgor de lo creado
y lo llena todo de ausencia:
Noche envanecida por los cantos del poeta
y las gestas de los héroes
bajo su manto libradas.»

En ese duro tránsito, sublimado por medio de los versos, insulta, pateando los días que camina, arrojado a la fugacidad del tiempo, con brillantes y adecuadas metáforas, reclamando lo puro y primigenio:

«Aquí,
he blasfemado contra el ciego trashumar
de los días,
contra el leve vuelo de los calendarios.
He querido levantarme la piel de prisa,
y darte en ofrenda una entraña limpia,
desnuda de artificios y
huecas bienaventuranzas.»

Dentro de sus *Hespérides* abriremos la puerta de algunos fragmentos de aquel Edén perdido, añorando los ríos que

fluyen como mares y la reconciliación de ángeles y gatos,
frutos de preñadas umbrías:

«Hallo entonces jardines olvidados
donde se intuyen caudalosos ríos,
y ángeles de cal celebran sus nupcias
con los gatos nacidos de las sombras.»

Mas llega la tarde, y en esa *Tarde II*, leemos versos del desgaste del tiempo, del arrugamiento de la luz por la fatiga de la existencia que entre ortigas se lastima, vomitando la misma belleza – impresionante imagen – y retorciéndose. Es el momento de la duda, de la desconfianza, del agotamiento que no cree en restauración alguna, y dibuja la muerte con huesos doloridos. Grito de poeta que transmuta el dolor en ese disfraz sublime del arte que nos lo hace incluso hermoso, bello, deleitoso en su profundo pesar:

«Lo que hacen los años con la piel,
hacen las horas con las luces.

Así, va abatida la alegría entre ortigales.

Así, la belleza se vomita y se retuerce,

(...)

Desconfiad de la verdad

y del descanso,

lo sublime es tan sólo un disfraz.

En mi hora escogida para el luto,

pintaré las osamentas
de amargura.»

Pero hay rebelión ante la oscuridad, por eso emerge el título de un poema que nos impele con brío, rogando o tal vez también ordenando amorosamente: *No seas la noche*.

«Ten piedad:
No seas la noche todavía.»

Mas Pedro Lecanda es un autor que se ve impregnado de la tradición española, de su religiosidad y su cultura, con dureza arrebatada, más cercana a Unamuno que a Chesterton, el cual también respira entre sus líneas, pero ambos de modo comedido, porque nos hallamos ante un autor que crea desde sí, desde dentro, olvidando lo aprendido para enseñar y así aprender de nuevo con lo que fluye dentro de sí, como venido de otra dimensión, cual vate traspasado por la Luz, embriagado y entregado a nuevos sentidos que dicta, aunque todavía no los haya leído. Así el martillo llega con un poderoso título, *Excomuni3n*, donde nace el ruego, la oraci3n que mendiga luz y pide, con atrevimiento, el arrebato:

«caen como limosnas
escamas de tu luz.

Si aún me escuchas, atiéndeme un instante:
Quiero yacer carbonizado

en el punto más alto;
llévame contigo»

pues así es como llegará el *Don de la gratuidad*, el camino de la gracia no es transacción comercial sino don, regalo, no un «para algo», sino un «en sí»; no un «porque», sino «pues»; más que línea, punto de luz, aunque parezca que se ha enredado con los propios brazos y piernas en un camino que le arroja a un sepulcro anticipado:

«Porque aquí, en esta esquina mínima
a la que me condené
conmigo mismo tropezando,
en mis propias fosas arrojado,»

de modo que así, ya caído, pueda hallar alguna salvación, por eso el poema titulado: *Si no nos abajamos*.

«Si no nos contemplamos
en los niños que habitan vertederos
y arrastran hambrunas y barros,
(...)
seremos los más ciegos de los ciegos,
viles entre los viles,
eternamente doblegados.»

Se contradice la lógica del éxito, la de nuestro tiempo y tantos del pasado, la de la exterior victoria, pues sólo entre

la infancia sufriente de toda humanidad, en la dependencia, en el descubrimiento de nuestros límites y la efímera llama que nos da vida terrena, podremos ver algo, mientras el resto, ciego, se doblega al poder, deslumbrado ante el brillo del dinero, caído sobre sí mismo, tronchado.

En el fondo, y bien lo vemos en su *Huella dorada*, se trata de volver a un origen imposible, una morada anhelada por todas las utopías y deseos que algunos pensadores clásicos determinaban como demostración de que ha de haber un infinito o Divinidad en donde podríamos satisfacer esa natural ansia que si no resultaría inexplicable. La solución de lo imposible sólo es posible en un Infinito que, como decía Nicolás de Cusa, hace verosímil que la recta y la curva sean lo mismo (el ejemplo de la circunferencia de radio infinito), pese a los límites de nuestro raciocinio. Ante ese anhelo, sigue el afán de seguir las huellas por el sol convertidas en oro, aunque estemos atados al nido de sierpes, pues un día nos liberaremos:

«volverás a tu morada imposible,
y yo querré seguir los surcos de tus huellas doradas.

Pero me debo a este nido de sierpes
y a esta tierra que me ata.»

Y, tal vez recordando las últimas palabras de Goethe antes de exhalar su aliento final: *Luz, más luz*, como título de un poema donde hallamos el dorso de lo divino, y se clama co-

mo un hijo grita en el peligro de la noche al padre querido y en apariencia ausente que espera, en cercana habitación dejando su curso al infantil sueño, para que aprenda a dormir «solo»:

«¡Luz, más luz!

(...)

En nuestra quietud
rogamos conmovidos,

Señor:

tropezamos con tu olvido,
porque de ver tu espalda y no tu rostro
llevamos las pupilas yertas.»

Pero donde hay luz y oscuridad, a veces, mientras se construye el vivir, hay también tragaluces que iluminan esas escaleras ascendentes, dando vueltas, salomónicamente, como las columnas del barroco, de parra fecunda rodeadas, para ver las vueltas del esforzado camino o, si uno se empeña, para dejarse caer por ellas. Sin embargo, ahí está la enfebrecida, delirante tarea, donde lo terrible del vacío se nos muestra como evidencia desorientadora, pero, de esa nada, brota un grito de confianza en el divino Guía, así lo leemos en *Tragaluz o última fiebre*:

«Sólo el frío es lo evidente.

Sólo el frío y el vendaval
que nos asedia

y desorienta al viejo faro.
(...)
¡Gloria al buen Dios,
aunque persista el lamento;
y alabanza al redentor,
aunque no cese el llanto!»

Para luego lanzar, como un héroe que no deja ahogar su llanto en los mares del absurdo, la voluntad férrea de alcanzar al Absoluto en este mundo inmundo, para hacerlo hogar con nuestro pintar o construir, con nuestra reescritura de lo creado, recreándolo a nuestro antojo, pero donde more la justicia, sólo así la utopía deja de serlo y se convierte así en reino de realidades pleno.

«Es nuestra voluntad alcanzarte,
y seguiremos buscando
ese mundo habitable.
El que pintamos y alzamos en piedra,
el de los poemas y las plegarias,
el que se anticipa en la plenitud del afecto,
en la saciedad de justicia.
La utopía elige hogares pequeños»

No faltan los motivos heroicos y clásicos que encumbran las águilas en lo alto, pero tal vez es el fluir de los momentos lo que lo detiene en lo eterno, así leemos en *El azor o el tiempo* palabras bélicas de sables y alturas, lanzas que se clavan ab-

yectas en el bosque del norte, umbrío, de hayas frondosas poblado, destacando su caer, su orgullo entre sombras y tormentos.

«El azor,
Cargamento de sables de azogue,
Señor del temblor y la cesura,
Ha lanceado con su ámbar abyecto
El vientre desvalido del hayedo.

En su caída

Todo lo sido se encoge.
(...)
Con su sombra pastorea a las sombras,
A su zaga va el viento y su tormento»

Para luego seguir, bajo pinturas que se pintan de rodillas, la naturaleza que explota, exuberante, entre metáforas brillantes que nos descubren y, pesadas, como el metal líquido, dejan en el alma un estallido de aves ante estos versos que roen el paso del tiempo y la penuria, quejosos de ser presa:

«Bajo el fresco genuflexo que acuarela
(...)
Las ojivas vegetales, los tallos combustibles del silencio:
(...)
Diluirse su tinta de mercurio.

(...)

De un estallido de palomas.

(...)

Azor o tiempo:

Recibe esta ofrenda de versos roedores

(...)

Aún retumba de crueldad tu cacería

Sobre la presa

En los cotos de mi carne.»

No elude el joven poeta el dolor que del mundo le llega, de su propio mundo emergido, así lee con aires titánicos:

Horror al vacío

«Que se apremia a incendiar

El llano sobre el pecho del durmiente.»

Tal vez porque ese vacío viene del encierro egoísta en la cárcel del yo, perdiendo la mirada del nosotros y por tanto del amor, de ahí que, más adelante, en otro poema podamos leer:

«Las hornacinas donde adoramos

Nuestra imagen contrahecha.

(...)

Un baile maquinal de ángeles opacos:

Secas membranas, esqueletos visibles y tenues,»

Así, como fantasmales figuras celestes o tal vez informales quedan nuestras membranas, secas, esqueletos de la vida, pero del dolor sale la redención por la maravilla de versos como los que leemos en:

Un azul como de tripas de glaciár

«De mi lengua pende un avispero,»

aunque no huyen las mariposas de estos poemas, como tampoco escapan al canto del ruiñeñor, incluso cuando se enfada el poeta con su Creador, como un verso rebelde y enojado, acusador, ante quien lo escribiera:

«Hoy he tropezado con tu cepo
y me he jurado nunca más servirte,
ni buscarte en la ciudad que devastaste,
ni acercarte más ofrendas al altar.»

Mas no falta la ternura y vuelve luego el cachorro de león a su Padre eterno, a quien no ve, acomodándose en su quejumbrosa oración:

«Como una cría enferma
acuno entre tus brazos mi plegaria.»

Y, pues hay naturaleza, no puede ser sólo la gracia sino que ésta ha de estar y mantener al ser allí donde la gravedad

lo quiera desplomar, por eso leemos versos fascinantes en su poema titulado: *Imposibilidad de la sola Gracia*.

«entre ramajes de sombras
que gesticulan,
(...)
Manifestación en comprimidos
de un lenguaje
que designa solamente
lo perpetuo.
(...)
hasta encontrarte,
trepar tus vestiduras de esposo
y finalmente profanar
la visión de tu rostro
(...)

Es un arrebató de amor, de pasión o de voluntad inexorable, de exigencia al verbo que designa sólo al inmarcesible Verbo, al Eterno, con arrebató más que amante, como en el *Cantar de los cantares*, como si forzara, casi violase con su deseo o amorosa pasión al divino Amor, sin embargo, siempre amado por el Ser, hollado o no:

«Te exigí una demostración,
y la respuesta fue muy clara
en alamedas negras de silencio.

Caímos hacia lo alto»

Una vez se alza de la caída, porque ha sido redimido, querido, como todo ser humano es amado o debe ser amado, recuerda el pasado entre los rastros derramado: *En vano*.

«En vano arrastré las hojas caedizas,
en vano aparté las zarzas y ascendí
entre la hiedra de los templos olvidados,
para mejor ganarme tus afectos.

(...)

Mira, me abraso al dictado
del sol inagotable,»

No ha sido mérito, sino don, gracia, y así se abrasa ante ese Sol que no acaba, para luego reconocernos sus ansias de ideal, de totalidad pura, aunque se haya perdido en la piel de los seres, la ebriedad de la carne y sus delicias, pero una resurrección personal ha descendido para darle alas, ahora que oye el silencio, a fin de que vuele en las alturas, aparentemente solitarias:

«No quería menos que lo más puro,
y ya olvidé por qué,
lo busqué en la tersa piel del vientre,
en el calor enjaulado de licores:

(...)

nada sino la Resurrección

podía pagar mis ansias
y atajar este transcurso descendente.
(...)
Por eso ahora callas,
y tu silencio sostiene esta garganta,
para que no sepa nada
del gozo y del descanso.»

Sus viajes interiores se funden con los exteriores, como en uno de los lugares más bellos del mundo, según Byron y tantos otros, en Portugal, cerca de Lisboa y del Atlántico océano, entre boscosas montañas donde el mar se abre y un castillo árabe canta a la melancolía desde sus ruinas... Pese a tanta hermosura no deja de amanecer el pensamiento rebelde ante las injusticias de la sociedad:

En el Palacio da Pena

Sintra, 19 de junio de 2016

«La belleza que se abre
es la sangre acumulada
de siervos y bestias,
¡Pero es tanta la belleza!»

Tal vez por ello, no lejos, corre un *Acantilado*, donde el vocabulario culto del autor asombra, como sus imágenes tremendas, poderosas, arrebatando al lector de cualquier abandono:

«donde en torres de roca y almagre
(...)
Vuelven a sus colonias infectas
las muchedumbres de insectos
que moraban en mi retina,»

pues tal vez todo esté resumido en sus *Dos semblanzas*, donde aparecen dos de los grandes ideales medievales que todavía perduran en algunos rincones de nuestras mentalidades:

«Guerrero y santo,
(...)
Cuando te visitaban, los demonios
eran recuerdo
de los cuerpos que inundaste de sangre,»

sí, sanguinolentos poemas en tiempos de lírica arrojada a colillas de cigarrillos, a ropas interiores ya usadas, a materiales de maquillaje.

Tal vez los siguientes poemas reflejen mejor el ímpetu tonante y audaz de su mirar, donde el joven pretende ser coronado rey de su Amado divino – así hacen el uno con el otro los enamorados – a través de la plegaria, casi blasfémica, brillante:

II

«Erguirme como un templo, piedra a piedra,
y sentirme rey
coronado por tu rito de ausencia.
Coronarme tu rey
y ser la ausencia toda,
sin más lengua que tu oración,

Pensé que eran de nuevo
Los potros furiosos de Atila
Las gotas que resbalaban
Entre los tejados,
Y no eran más que la desnudez
Del lagrimal celeste.»

Ahí se nos advierte de que ese dolor no se derrumba o do-
blega ni a las mutilaciones que el mercader ejerce con sus
cuentas, sus números cortantes, divisiones que no pueden
con este espíritu sublime. Por ello, lo más bajo recoge, en vi-
sual cascada de versos, las aguas mansas de la humildad que
penetra todo lo humano, pese a los orgullos vanos:

«Esta cruz no cede a la herrumbre
Ni a los señuelos cobrizos, insoportables,
Que mutilan al espíritu.

No le alcanza la carcoma

Que imponen los mercaderes
Jamás huidos del templo:
Atesora lo sublime
En el material

Más

Bajo.

La cobijo entre mis manos
Como en templo de carne profana
Y la cruz entona su plegaria
Por encima de los achaques:
Es la música perenne de las cavernas
Repletas de peces y tumbas,
El signo humilde de los padres de la historia.»

Si el libro comenzó con un título bífido, doble, como lengua de sierpe, con dos fogatas acaba, encendidas lumbres de su alma, como dice en *Dos hogueras*, recogiendo en sí pasado y futuro, bravío, altivo, atrevido y como un héroe que, herido, sin embargo, ha vencido:

«¡Dios,
sabes que mi sangre es nueva,
pero arde en fuego antiguo! »

Sin duda, es un poeta a quien habrá que vigilar los pasos de sus hallazgos, brillante, poderoso, tremendo tanto en sus silencios místicos como en sus tonantes voces.

INTRODUCCIÓN

Nadie peor que el autor para comentar su propia obra. Excepciones aparte —por ejemplo, las glosas místicas que San Juan de la Cruz añade en sus poemas—, el común de los mortales tiende a caer en la trampa de la pedantería, a añadir al mero texto ideas que él no se ha encargado de trasladar y que, como mucho, rondaron su gestación. Borges, enemigo acérrimo de lo pedante (que suele aliar pretenciosidad y cursilería), lo dejó bien explicado en dos de sus relatos: en uno de ellos, un poeta dedica dilatadas páginas a justificar, sin ahorrar culturalismo alguno, un solo y terrible poema de su pluma; el otro, narra la historia de un mapa que termina por ser inservible al ocupar el mismo tamaño que la geografía que representa. De estas dos tentaciones pretendo huir aquí, aunque el lector ya habrá advertido que abrir con una cita de Borges no es buen augurio.

El libro que tiene entre las manos se comenzó a escribir hará ya dos años. Su autor no tenía en principio ninguna intención de escribir nada de poesía: hasta que decidí hacerlo, seguía inmerso en la empresa de acabar, por fin, alguna novela que (gracias a Dios) ni existe ni se espera que vaya a existir. En una visita a la biblioteca universitaria, eché por azar un vistazo al libro *Filosofía del caos, Estética y otras artes*, de Ilia Galán. Tras leerlo, me dirigí a la secretaría para reservarlo pero, de camino, de nuevo el azar (o una sincronía junguiana) quiso que me encontrara con el autor. Por si esto fuera poco, intervino una casualidad nuevamente (a estas alturas, más Providencia que sincronía): paseando por una callejuela madrileña, me encontré de nuevo con Ilia, que caminaba en compañía de Luis Alberto de Cuenca. Tras charlar algunas veces, la mayoría de ellas de Filosofía (que es la otra carrera que estudio, junto a Derecho), ocurrió que me vino la idea de retomar la poesía, que hacía años que escribía esporádicamente, pero sin pararme nunca a pensar hacer nada de ella. Así lo hice, y envié los poemas a Ilia, que reaccionó animándome a unir los que fueran surgiendo bajo la forma de un libro.

Evidentemente, la sugerencia me pareció imposible, casi excéntrica: unir versos es más o menos asequible, pero unir todos los fragmentos en un todo literario se me representaba como algo cercano a aprender un lenguaje exótico a contrarreloj. Sin embargo, pronto supe qué dirección quería que tomaran los poemas que, caóticamente, iba apilando ya con cierta asiduidad: ocurrió mientras leía *La gravedad y la gracia*,

de Simone Weil. Volver a la poesía y volver a la espiritualidad cristiana fueron dos procesos simultáneos y confluyentes. La idea de la obra de Weil, sintetizada en una cita que encontrará el lector tras esta introducción, es muy sencilla: la decadencia es la pauta general de las cosas, la tendencia es el descenso. Sin embargo, la gravedad no tiene la última palabra: de forma excepcional, pero más plena, en el gris ordinario irrumpe la gracia. Pero, ¿qué es la gracia? Este concepto, de central importancia teológica en el cristianismo, ha dado pie a muy sesudos (y pesados) tratados de toda índole: a su estudio, por ejemplo, dedicó Karl Rahner su obra, por citar un ejemplo reciente en el ámbito católico. Pero no se trata aquí de algo estrictamente religioso, aunque tal vez sí de algo sagrado: tomamos, pues, lo sagrado y la gracia en sentido amplio, como frecuentemente ocurre en la filosofía de Wittgenstein o en la poesía de Rilke, y entonces lo sacro y la gracia toman un significado universal: la gracia es el momento en que, por la irrupción de lo sagrado en lo estético (la noción católica de *via pulchritudinis*), o por la especial atención a una vivencia, algo absolutamente trascendente se revela en algo particular. Esta idea, hegeliana o romántica, qué se yo, es lo que simboliza el propio Cristo (lo divino en lo humano), la última aspiración del arte (así, Novalis concibe al poeta como nexo de finito e infinito) y, a otros niveles, la sensación que encontramos al unirnos a algo superior a nuestra pequeñez insignificante: así el propio amor, la propia entrega. Con la misma intención he llamado al segundo capítulo de la obra «huella dorada», en referencia a la obra

El lobo estepario, de Hermann Hesse, en la que un hombre al borde del suicidio se mantiene por la incidencia repentina de momentos de esplendor. Por no dejar a Borges, «cada día visitamos durante un tiempo el cielo y el infierno», pero no sólo el infierno, y tal vez las intermitencias de lo celeste signifiquen algo más.

De lo anterior, creo que ya se entiende por qué he decidido llamar a la primera sección «poemas de gravedad», y a la segunda «poemas de gracia». El juego de símbolos es voluntariamente sencillo: la gravedad se asocia con el descenso, con lo bajo y lo tenebroso; la gracia, con la luz y lo ascendente. Estas asociaciones, platónicas, nos son muy comunes, y además no son del todo culturales, sino universales, pues se deducen de experiencias obvias para todos. Se trata de huir del hermetismo, de pretender que la palabra de uno sea palabra de muchos. Entre estas dos fuerzas, sin embargo, no hay una relación maniquea, de equilibrio: la gracia se impone, pese a ser cuantitativamente escasa, y se sobrepone al final de la obra; tal vez, optimismo desmedido, pero si en algún lugar el optimismo no repugna demasiado a la inteligencia, este debe ser el de las artes.

El trasfondo de lo humano es una afilada paradoja — lenguaje predilecto de las verdades complejas —: la que componen el «yo» (sea lo que sea) y el mundo. La ilusión moderna es pretenderlos completamente escindidos y ocurre, como supo subrayar Russell, que la única relación entre ellos es chocar. Como si no fuese la parte fracción del todo, como si no fuese

el nexo parte de cuanto une, como si no fuese evidente que el universal exige concreción para ser asequible.

Por eso el artista «creador», categoría cuanto menos discutible, puede ser visto como un vástago de los dioses, engendrador radical de mundos mínimos, médico de lo trascendente como pensaba Rimbaud, o como un insecto que, inconsciente, poliniza los campos empujado por vientos caprichosos. Por esta razón, yo no sé nombrar a todos los que han escrito este libro, que queda herido fatalmente por la torpeza de mis manos, encargadas de condensar en tinta lo que, de todas formas, ya estaba allí.

Por último, y para no rebajar jamás la pedantería, vaya un alegato breve: creo que la poesía sirve, pese a los que se divierten rebajándose al anecdotario, para intuir y alumbrar más allá de las techumbres de la razón. No sé si un solo verso de estos merece sobrevivir al incendio en los ojos del crítico, pero creo que de nada sirve una vida de espaldas a lo trascendente, y que es justo perseguir a trompicones la plenitud. A quien, juiciosamente, le parezca que he fracasado en el empeño, le invito a pensar si no serán valiosos, en los tiempos que corren, los impulsos inconclusos hacia el Todo. Como ven, me ha sobrado tiempo para incumplir mi promesa inicial.

PEDRO LECANDA JIMÉNEZ-ALFARO

«Todos los movimientos naturales del alma se rigen por leyes análogas a las de la gravedad física. La única excepción la constituye la gracia.

Siempre hay que esperar que las cosas sucedan conforme a la gravedad, salvo que intervenga lo sobrenatural.

Dos fuerzas reinan el universo: luz y gravedad.

Quien por un momento soporta el vacío, o bien obtiene el pan sobrenatural, o bien cae. El riesgo es terrible, y hay que correrlo, e incluso exponerse a un momento sin esperanza. Pero no hay que arrojarse a él».

SIMONE WEIL: la gravedad y la gracia.

VOCES LIMINARES

AL LECTOR

A ti,
que estás hecho de Gravedad y Gracia,
atravesado de luz y tinieblas,
forjado en descensos y elevaciones.
A ti, que conociste la derrota
y el desbordante sabor de la gloria,
estos versos que no son sólo míos,
sino de todos los muertos y vivos:
esta mitología personal
que hacia tus manos va, buscando asilo.

Imposibilidad de la nula Gracia

Me arrojaron a la vida
entre abrojos y retamas
como a quien convidan
a una cena envenenada,
como a quien regalan, sonriente,
una cadena;
a mi cuna acudían coros
de aves agoreras,
cielos amortajados
y sentencias lapidarias.

¡Nada sabía del calor,
ni de lo hallado por ventura!
Mi único oficio, mirar:
la alegría que venía
a repicar en mi ventana,
como una feria que se aleja
o una burla a mi desdicha.

Y eran mis días la desolación
de quien, de pronto, se viera menguar:
Menguar hasta la brizna,
pequeñez cósmica sin tracerías ni pujanza.

Estilete helado,
asfixia del aire,
bozal de brumas
se hundían en mí
y sobre mí
inventaban una bóveda
inflamada.

Vinagre y orín
y ceniza es la luz
que suben a besar las sabandijas,
ceniza y agua sucia y Nada
para el que se aborrece.

Nada es la pulcritud
para el que se aborrece.
Nada,
salvo una moneda extranjera
deslucida.

Yo fui el recolector
donde apenas germina la zarza,
que es corona de la sequedad:
Naturaleza rota
se aborrece.

La ladera aún sin trillar,
la inocente transparencia:
¿nunca han de ser mías?

¿siempre la miseria sedentaria,
siempre la gloria transeúnte?

Pobre es el hombre que vive del hombre,
nadie media nunca entre sus tribulaciones.
Nadie le entrega las llaves
que abren al sentido y a la calma.

Donde llega sin dilación
la levadura de la luz,
y no agrían los labios
las canciones,
donde habita la frescura
entre las cosas
y no pesa el aire negro
sobre la carne sudorosa,
he pedido residencia.

Allí, para prosperar,
y crecer brioso

como el árbol que nace
de la mirada fraguada en el amor,
Criador de vida,
y nunca cesa su encanto
pues tiene las raíces
dormidas junto al río
de lo Eterno.

Ahora pensaré
en lo que sólo sabe el hastío:

Demonios que inspira el viento
como una leve hojarasca
se posan en la cuenca de mis ojos
y me enseñan, a la fuerza,
un idioma decaído.
Caen las lágrimas,
hijas diminutas y plenas de Gracia
lanzadas a los puñales,
a la fiereza de los mundos.

Caen y destrozan el cristal
de las hornacinas
donde adoramos nuestra imagen

contrahecha,
nuestra factura monstruosa
de apóstoles del grito hueco.

Óbolo en llamas,
profusión de falsos nombres,
Sagrada forma desangrada.
La omnipotencia yace vencida
en las calvicies invisibles
de estos llanos:

Misterio
es Todo,
que emerge y pasa.
Misterio
es Todo
que pronto escapa.

Escudos que alzamos contra el Otro
son nuestros bajos deseos,
ingenios errados y nauseabundos.
(Siempre es más sencillo volver:
¿volver, a dónde?)
Alguien lo canta en un rincón

innominado del mundo,
pero el océano de serrín,
cascada de huesos,
aplasta la música
y devora el corazón
de la paloma.

Más abajo,
escucho tu gemir de herido
que deja las huellas sangrantes
en la madera húmeda del viejo sauce.
Creo que me buscas;
Como si no fuera mi tacto a corromperte,
mi torpeza a disiparte.

Tu mano amiga,
enorme para sustentar
toda la extensión
de mi extravío,
se tiende fresca,
lista para elevarme
a las latitudes de luz
en alza:

Desciende la tormenta cegadora
del maná
y vuela apresurada una sonrisa.

Por fin puedo decirlo sin angustia,
al fin respirarlo en lo profundo:

¡Dios por nuestras faltas golpeado,
prefiero tu castigo a tu ignorancia!

Pues sólo un salivazo tuyo
basta para sanarme.